

Sandokan en el mar

Carlos Roberto Morán

Toda palabra es autobiográfica, toda palabra es ficción.

William Burroughs

Los libros eran amarillos y gruesos, cargados de dibujos. En ellos Sandokan, turbante y barba, joyas y espada, miraba hacia el horizonte con clara melancolía. Sufría mucho porque los tigrecitos de Mompracén envejecían y morían, porque Yáñez, el portugués, ya no era el de antes, porque para Sandokan Mariana resultaba tan imposible como contar los granos de arena, las olas del mar.

Afuera rugían las tempestades y nuestro cuerpo, que crecía, no encontraba su espacio en medio de tales tormentas. En general no sabíamos, carecíamos de toda certeza, salvo que Evita, como cantábamos en la escuela, era una santa, algo en lo que tratábamos de creer, en lo que nos empecinábamos en creer con la fuerza que nos daba la misma escuela, que nos daba la radio, que nos daba la abuela (ella guardaba almanaques de Evita en su alto, oscuro ropero para que no los encontrara la hija contrera) mientras la familia se quejaba, en voz baja, con sus reproches radicales.

Afuera estaban los deberes, la visita al dentista, el frío del tranvía, el aprender de memoria el catecismo, el no pecar ni con el pensamiento del pensamiento. Afuera estaban el despropósito, el desconcierto mismo de la vida, pero adentro, o mejor dentro de uno, el corazón caliente, en ese barrio de uno mismo donde doña Clara no podía con los dolores de cabeza que le daba el hijo Raúl, con la añoranza que le provocaba la muerte de don Pedro, en ese ámbito tan propio, conocido, estaban las verdades de la vida: ¡Qué Pareja! Mejor mejora Mejoral, los soldaditos de plomo, los libros gruesos y amarillos que hablaban de la India y de la diosa Kahli, de Yáñez, del invencible Sandokan y de su búsqueda de lo imposible.

Después, siempre hay un después, llegó el momento de decodificar, de desmitificar, también del escepticismo y el desdén, el encuentro, digamos así, con las definitivas verdades. Llegó el momento de saber. De saber, por ejemplo, que Salgari, ese pobre escritor, ese a veces espejo, nunca salió de Italia, y que escribía documentándose en los libros imaginando

aventuras en el mar y en el mundo mientras el editor le tiraba monedas y le pedía más, siempre más, mientras su familia enfermaba y moría y que también él, en las imaginadas historias de Sandokan, en la nostalgia y la búsqueda de Mariana, de ese imposible, se refugiaba, debía refugiarse, para saberse vivo.

Sentimos ligera lástima por la historia trágica, cuando no truculenta, pero sin duda ajena, diciéndonos estamos en otra cosa, cuentas claras, debe y haber. Dejemos de lado el sueño, lo impropio y arriesgado de todo sueño.

Los libros eran amarillos y exigían en la casa un gasto mayor así que debíamos cuidarlos como si estuvieran hechos del mismo cristal con que se hicieron las copas de la bisabuela que aún guardábamos en el alicaído comedor. Por entonces había abundancia de comida, nunca faltaban las sopas, los guisos, por cuatro días locos que vamos a vivir cantaba Castillo, Faustino nos daba en el almacén de la esquina la yapa cargándonos el paquete de masitas surtidas. Pero el dinero terminaba justo ahí, así que Sandokan nuevo que entraba debía ser recibido, como lo era, como una fiesta, y resultaba ser también la posibilidad de que la aventura no se detuviera, que también nosotros buscáramos nuestro imposible.

Un día Evita se murió. Dejaron de quejarse los Pérez García y en cambio lloró toda la radio y la gente se puso luto. No podíamos reír ni gritar en la calle. Todo pesaba con los rezos y el dolor. La muerte era hasta ese momento algo desconocido para nosotros, inmortales, más preocupados por las figuritas y las bolitas, por pasar el peso de las clases para llegar, porque entonces todo llegaba, al calor y al Pesebre y la Navidad, las playas de Guadalupe y el curso de calle Junín. Pero esa vez fue la primera que la muerte nos ciñó con su apretado manto y entonces sentimos el ahogo, la sensación de pérdida, la inutilidad de cualquier esfuerzo, como hoy.

Felizmente, en medio del luto de Perón y del desconsuelo de la abuela, y mientras otros en casa no sentían tristeza alguna, en medio de esa bruma creciente Sandokan seguía ahí, luchando contra toda esperanza. Yañez seguía ahí y Mariana era nuestro imposible también, confundiéndonos con las chicas de la cuadra que dejaban de ser iguales a árboles o bancos de madera y empezaban a ser otra cosa que nos confundía.

No conocíamos el mar, pero íbamos con Sandokan por los mares del mundo conquistando comarcas, hundiendo bajeles, combatiendo a fanáticos, viviendo una epopeya que se reanimaba cuando llegaba a nosotros, milagro de madre, otro libro, amarillo y pesado, que debíamos cuidar como oro.

Pero aquello es tiempo pasado. Ha corrido, como se dice, agua bajo el puente, y el escepticismo, y las definitivas carencias, han crecido en nues-

tro interior como enredadera de casa vieja. No queda pues lugar para la espada de Sandokan, para la tristeza del siempre triste Yáñez, para la búsqueda de ese imposible, de los sueños con que soñaba el mundo.

Momento del clip y del chip, cierta desazón y ni tan siquiera la sensación de triunfo después de cada batalla cotidiana, como también suele decirse, apenas si la convicción de que el máximo esfuerzo brinda opaco resultado. Apenas si la sensación reiterada de una lenta despedida.

Pensamos en Sandokan, en lo que fue, ahora que hemos llegado por fin al mar, a esa réplica del mar que es el inconmensurable río a la altura de Piriápolis, esta ciudad nacida de la visión de un hombre de negocios, aventurero y utópico a su modo, Sandokan a su manera. Una ciudad salida de la nada, otro imposible. De pronto su fiebre parece envolvernos pero hacemos esfuerzos para no dejarnos vencer y volvemos a la modorra, tomamos un café, tomamos una cerveza, volvemos a nuestra rutina para resolver rápidos negocios (pero nos sentimos incómodos, fastidiados, perdidos en medio de este mar).

Desde la rambla tenemos la visión del agua, el constante arribo de las olas. Nos rodean los sonidos diversos de las conversaciones, el griterío de los chicos, las risas adolescentes, los enojos de los recalentados motores de los autos. Gritan los vendedores, chisporrotean los videojuegos, corren por la arena, atruena el ritmo de la música que parece cortar con cuchillo el aire. Alboroto de los chicos (hasta ayer éramos ellos), ríen los adolescentes (hasta ayer éramos ellos), se sonríen todos en la fiesta en la que no nos sentimos invitados. ¿Y Sandokan, lo que nos significó Sandokan, la aventura y la búsqueda del imposible? Miramos el agua, por ella derivaba, pero ya no. Eso, nos decimos, es el pasado, la melancolía tierna y tonta del pasado.

Hasta ayer éramos ellos, nos decimos, pero ya no. Ya no el corazón caliente. Ahora resta mirarlos (con reticencia, a la defensiva) a través del muro. Tienen otros códigos, son otra raza, otra cultura.

Entonces, aunque no lo premeditamos, recordamos: el patio, el curso, el libro gordo y amarillo, la mirada feroz, decidida y amiga de Sandokan, su búsqueda de Mariana, escuchamos los Pérez García, miramos el almanaque brillante de Evita, alguien pasa un disco de Gardel.

Y de pronto por el mar, por ese remedo de mar, acercándonos vemos navegar las naves salidas de los libros gruesos y amarillos. Vemos las proas de las naves, cómo se alzan las velas, repetimos palabras que remedan rezos: decimos grumete, decimos arboladura, decimos barlovento. Y vemos los rostros, cuarteados por el mar, de los tigrecitos, que nos sonríen, como sonríe Yáñez, como sonríe también Sandokan. Y ellos nos

dicen, parecen decirnos, algo, alentándonos a vaya a saberse qué, a vivir quizás. A seguir creyendo, quizás.

A buscar nuestro imposible, quizás.

Sandokan murmura Mariana, su imposible, y se despide.

Mariana, repetimos con él, y dando la espalda al mar nos sumergimos entre la gente.



Max Klinger. (1857-1920)

Un guante ronda, 1878